"La versión del insurgente Pedro García" p. 63-66

Puente de Calderón: las versiones de un célebre combate

María del Carmen Vázquez Mantecón

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de méxico Instituto de Investigaciones Históricas

2012

120 p.

Mapas, cuadros, grabados, fotografías

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 51)

ISBN 0978-607-02-3759-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 28 de junio de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/521a/puente calderon.html



D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere, se cite la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## LA VERSIÓN DEL INSURGENTE PEDRO GARCÍA

Es momento de darle la palabra a Pedro García, testigo de los hechos y escritor de una crónica —que no fue citada por ninguno de los historiógrafos que he mencionado — que es la única que narra una versión de lo sucedido desde la óptica del campo enemigo de Calleja.¹ Su autor intentó transmitir los sentimientos y las emociones que experimentó, porque le parecían dignos del mejor cuadro que pudiera pintarse sobre esa famosa batalla. Cuenta que, cuando el ejército americano salió de Guadalajara, era media noche y que llenaba de gozo y entusiasmo verlo avanzar por una ciudad bellamente alumbrada hasta en la puerta más miserable. Vio muchos carruajes con "familias principales" que decidieron seguir en su suerte a las tropas.

Al día siguiente, una muchedumbre de soldados — con los que se mezclaba gente del pueblo deseando combatir — entonaba cánticos libertarios y marchaba llena de ánimo, mientras las "graciosas y seductoras" mujeres los alentaban a pelear por sus derechos. Vio asimismo a un Hidalgo de cincuenta y siete años, vestido con las insignias de generalísimo de América, montar con gallardía un caballo arrogante y arengar con mucha elocuencia a su ejército, a combatir por la libertad. Con gran expectación, gente de todas las clases se colocó en las montañas inmediatas para ser testigos de la batalla y todo en el ambiente era el deseo de ser libres. Apostados primero los americanos en el puente de la Laja, prefirieron dejarlo para encontrar de frente al enemigo, emprendiendo entonces ca-

Hay que decir que Anastasio Zerecero era amigo de García, y dice haber incorporado en su historia muchas cosas que éste le relató, aunque no menciona el escrito.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Esta crónica fue escrita varios años después de 1811, Pedro García, Con el cura Hidalgo en la guerra de Independencia, México, Sep-Setentas, 1982, p. 118-130. García era vecino de San Miguel el Grande y fue uno de los primeros en incorporarse a la insurgencia. Su escrito fue publicado por primera vez en Documentos de la independencia, México, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, 1928, con el título Memoria sobre los primeros pasos de la independencia. Ignoro si este título fue el que le dio el autor, o si fue, como el segundo, puesto por los editores.

mino hasta Zapotlanejo en cuyas cercanías había una loma muy extendida donde prepararon su línea de batalla.

Según García, la totalidad de individuos que formaban ese ejército no pasaba de ochenta mil, aunque restó de esa cantidad "siete u ocho mil que no estaban todavía en posición para batirse". De todas formas, creía que los setenta mil que quedaban eran un número "prodigioso" porque, además, se habían reunido en poco tiempo. En cuanto a su armamento, se sentía orgulloso de enlistar en total 86 cañones, cuatro de ellos de calibre grueso (que se montaron en ejes de carretas porque no se pudieron terminar de construir sus cureñas), municiones, parque en abundancia y una artillería regularmente dotada. Con respecto al ejército contrario, creía, y dice que así lo pensaban todos, que Calleja traía consigo seis mil hombres, pero que se le unirían cuatro mil más de un momento a otro.² En general, le parecía que sus enemigos estaban bien disciplinados, "o por lo menos, en mejor estado que los independientes".

La posición que nuestro cronista asigna a los que estaban a la derecha y a la izquierda en ambos ejércitos es exactamente la opuesta a la que describió Calleja. Dijo también que enfrente de Flon estaban Jiménez y Marroquín, quien al mando de una caballería de ochocientos hombres, logró después de su ataque "sacarse a Flon lanzado y arrastrado". Pero a la batalla en sí no le dedica mucho espacio, porque prefirió contar que ese día tuvieron lugar una serie de desventuras. Primero se refirió a la triste suerte de los indios flecheros de Colotlán —a los que llamó "instrumento de tantas fatalidades" — quienes llegaron al campo de batalla una vez que ya había empezado el ataque del general Arias, y al no encontrar lugar, se colocaron en medio de las dos baterías en acción, siendo "fusilados a dos fuegos". Esto, dice, fue aprovechado por los realistas para avanzar, y por los insurgentes para contraatacar, en medio de un fuerte estrépito, con su consiguiente humareda.

Después mencionó el incendio del campo, asunto que ocupa la parte medular de su relato. Él nunca vio el estallido de una granada enemiga sobre su parque — tampoco podía haber presenciado todo lo que sucedió en un campo tan extenso— por lo que sólo consignó los errores que produjeron las llamas. Había apuntado antes que los

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Se suponía que se uniría el ejército del brigadier Joseph de la Cruz, pero éste no alcanzó a llegar.

dos ejércitos estaban situados sobre un plano cubierto de un zacate bastante crecido — medía un poco más de media vara — y que el día amaneció con un aire del noreste muy fuerte "que llegaba impetuoso sobre el ejército mexicano". El zacate, que según él se debió haber segado antes, comenzó a arder por la precipitación de los artilleros, que encendían los cañones con estopines que tiraban al suelo todavía con fuego en ellos.³ Escribió también que ambas artillerías habían tenido su parte en la catástrofe, porque el disparo de los cañones contribuía a sembrar en el campo "muchas vertientes de fuego", que al poco rato aumentó de manera "terrible". En medio de esta situación, los insurgentes determinaron hacer una descarga general, aunque sin las precauciones necesarias y sin poder ver dónde apuntaban sus tiros, lo que contribuyó a fomentar el incendio.

Reconoce además, que por descuido, los insurgentes no salvaron los cajones de cartuchos de cañón que tenían al pie de las cureñas, que al paso del fuego causaban grandes explosiones que mataron y asaron a muchos de los suyos, convirtiéndose la batalla en un "espectáculo espantoso". Los lamentos de los quemados provocaron el temor y el desaliento en las tropas, que empezaron a desbandarse. El camino a Guadalajara se vio de repente impedido en su paso por la gran cantidad de soldados y de coches de los espectadores "con cargas y equipajes", que buscaban llegar cuanto antes a la ciudad. Recuerda que de nada sirvió la presencia de Allende, de Hidalgo y de otros generales, que trataban de mantener en formación a una tropa llena de terror, que terminó por abandonar el campo. Al cesar los disparos de la artillería y la infantería insurgente, los realistas hicieron alto al fuego. Sólo quedó un angloamericano que con dos culebrinas de a cuatro, "seguía causando perjuicio a los enemigos" hasta que ya fue noche cerrada. Hidalgo, Allende, Aldama, Jiménez y algunos más se apostaron en un lugar alto donde vieron durante tres horas el campo enemigo, el camino a Guadalajara y a su ejército desbandado. Luego Hidalgo pidió su caballo y emprendió la marcha sin saber que caería prisionero poco tiempo después.

En esta versión, Calleja pisó los escombros del campo contrario hasta el día siguiente — no sabía García si por cobardía o por precaución militar — una vez que sus exploradores le confirmaron

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> El estopín era una mecha encendida que podía ser de algodón impregnado de pólvora desleída en aguardiente.

que estaba libre. Al final, como lo hizo al comienzo, defendió al carismático pero desafortunado Hidalgo, y aunque había contado que la indisciplina fue uno de los motivos de la derrota, terminó apuntando que en una revolución de tal magnitud, era imposible el orden. Creía firmemente que su causa era justa, que se había tratado de un movimiento colosal para su época, y que no los venció Calleja, sino la inexperiencia y el exceso de confianza, que hizo que se les salieran de las manos "los más apreciables elementos". Reiteró que sólo un ojo conocedor que hubiera observado de cerca los combustibles que ocasionaron aquel incendio abandonaría tantos escrúpulos contra la desbandada del ejército independiente.



 Miguel Hidalgo y Costilla, litografía de Decaen, La Ilustración Mexicana, México, Ignacio Cumplido, 1851, t. IV, en Nación de imágenes. La litografía mexicana del siglo XIX, México, Museo Nacional de Arte, 1994, p. 217